

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

5. La permanencia del acontecimiento en la historia (el templo en el tiempo)

Luigi Giussani*

El testimonio de Mikel Azurmendi nos ha mostrado que la experiencia cristiana es la «sorpresa por un encuentro» que entra en su propia vida. Tal sorpresa, un encuentro absolutamente gratuito, no deja al hombre pasivo, sino que pide ser acogida. Solamente si tiene la paciencia necesaria para dejarle espacio, el hombre podrá darse cuenta del bien y la alegría que esa sorpresa transmite, como principal «fuente del gusto por la vida». De ese modo la sorpresa inicial, con el tiempo, se convierte en admiración y simpatía profunda.

Publicamos el texto que trabajaremos hasta el comienzo de las vacaciones de Navidad, tomado del libro de L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, (pp. 89-106).

Recordamos que es posible enviar preguntas y testimonios a la página web: <http://eventi.comunioneliberazione.org/gcontributi/> en la sección «Escuela de comunidad».

6. UNA MORALIDAD NUEVA

Hablar de la comprensión nueva de lo real, introduciendo el concepto de *affectus*, significa llegar al umbral del problema moral. Conocimiento nuevo y nueva moralidad tienen el mismo origen. Para Simón, hijo de Juan, y para Pablo, el origen del conocimiento nuevo es idéntico al de su moralidad: un Acontecimiento presente.

De la pertenencia a la compañía de Cristo nace una nueva concepción del problema moral. Dentro de la confusión, la oscura soledad y la violencia vertiginosa que dominan el mundo actual, todo el mundo habla de moral. Pero jamás aparece el problema planteado de verdad.

Pues bien, la acción del hombre es moral cuando está en función de la totalidad. Un acto es verdadero, es moral, solo si corresponde a la totalidad del designio; si deja fuera alguna parte ya no es moral. Es análogo al dinamismo de la razón, el cual, al ser conciencia de la realidad conforme a la totalidad de sus factores, si deja fuera, aunque sea solamente uno de estos factores, ya no es razón, sino mentira. De modo análogo, un acto es moral cuando mantiene la apertura original a la realidad en la que Dios nos crea continuamente.

La corrupción de la moralidad –hoy particularmente extendida– se llama moralismo. El moralismo es la selección unilateral de valores para avalar nuestra particular visión de »

* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 89-106.

» las cosas. Normalmente los hombres entienden que, sin un cierto orden, no puede concebirse la vida, lo real, la existencia. Pero ¿cómo definen este orden? Considerando la realidad desde los diversos puntos de vista de los que parten, describen sus dinámicos estables y enumeran una lista de principios y leyes, cumpliendo los cuales están persuadidos de que se crea el orden. Así es como aparecen periódicamente en cada época las diversas propuestas analíticas en las que la reflexión declina sus pretensiones: «Hay que actuar de este modo o de este otro». Los fariseos definían el orden con un número casi infinito de leyes: desde cierto punto de vista el fariseo es el hombre apegado al orden, el defensor de la moral entendida como la afirmación y el ejercicio de ese orden, en cuanto le es posible al hombre, en todos sus detalles.

El moralismo se traduce en dos síntomas graves. El primero, precisamente, es el fariseísmo. Nadie es más contrario al Evangelio que los que se consideran honestos⁹⁸, porque ya no tienen necesidad de Cristo. El fariseo vive sin tensión, porque establece él mismo la medida de lo justo y la identifica con lo que cree que puede hacer. Como contrapartida de esto, usa la violencia con los que no son como él. El segundo síntoma es, por eso, la facilidad para calumniar. Así pues, por un lado, justificación para ellos mismos. Y, por otro, odio y condena del prójimo.

No obstante, hay una consecuencia ulterior de lo que hemos dicho: puede haber muchas morales, y las intenciones de quienes las establecen pueden incluso parecer, teóricamente, todas ellas justas; pero el hombre es impotente frente a los ideales que él mismo traza como rumbo al que mantenerse fiel en su caminar.

¿Quién es capaz de ser moral? Todos los hombres en su debilidad son pecadores. Fuera de la conciencia de ser pecadores no podemos dirigirnos a nadie sin cometer injusticia, sin presunción, pretensiones, ataques, calumnias y mentiras. Con la conciencia de ser pecadores afloran, en cambio, la posibilidad de ser discretos, la nostalgia de verdad para sí y para el otro, el deseo de que al menos el otro sea mejor que uno mismo, y la humildad. No se puede establecer ninguna relación verdadera más que partiendo de la conciencia de ser pecadores, de lo que nos falta, de aquello en lo que nos hundimos.

Este es el punto que Cristo retomó con una insistencia semejante a la que habían tenido ya los profetas. ¿Quién es el hombre que pueda decir «yo obedezco todas las leyes»? Se puede decir «reconozco que estas leyes son necesarias», pero ¿quién las cumple todas? ¿Quién puede decir «las observo todas»? ¡El fariseo en el templo! Pero es un fariseo, y por eso trasluce el significado de un término que se ha convertido en sinónimo de impostor, de presuntuoso. En cambio, al fondo del templo, está el pobre hombre que reconoce haber transgredido la ley: «¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!»⁹⁹.

La coherencia es un milagro y, por tanto, la verdadera moralidad es un milagro también. Manteniéndose fiel a la compañía cristiana es como uno, con el tiempo, se sorprende de llegar a ser capaz de hacer cosas que no podía ni siquiera imaginar: «El Señor tiene la gracia»¹⁰⁰.

En el Reino de Dios no hay ninguna medida, ningún metro de medir. «Que nadie juzgue, porque solo Dios juzga»¹⁰¹. San Pablo dice también: «Yo no juzgo a nadie ni tampoco me juzgo a mí mismo»¹⁰². Únicamente Dios puede medir todos los factores del hombre al obrar, y su medida está más allá de toda medida humana: se llama misericordia, algo que para nosotros es, en última instancia, incomprensible. Como el hombre Jesús cuando, hablando »

⁹⁸ Cfr. Lc 18,9-14.

⁹⁹ Cfr. Lc 18,13.

¹⁰⁰ Sal 62 (61),12.

¹⁰¹ Cfr. Rm 14,10-13.

¹⁰² Cfr. 1Cor 4,3.

» de quienes le mataban, decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»¹⁰³; en el margen infinitesimal de su ignorancia Cristo construía su defensa. Nuestra imitación de Él reside en el espacio de la misericordia.

Por eso la moralidad es una tensión continua de recuperación. Como el niño que aprende a caminar: se cae diez veces, pero tiende hacia su madre, se levanta de nuevo y tiende hacia ella. El mal no nos para: podemos caer mil veces, pero el mal no nos define; por el contrario, sí define a la mentalidad mundana, que hace que al final los hombres justifiquen lo que no logran evitar hacer. El deseo de corrección caracteriza, por tanto, a la verdadera moralidad. El término «corregir», que traduce el latín *regere cum*, indica el caminar juntos manteniéndose derechos.

Un síntoma último de la moralidad entendida como tensión es la ausencia de escándalo: un cristiano que vive la compañía no se escandaliza de nada; siente dolor por el mal, pero no escándalo.

¿Cómo entró en el mundo esta moralidad nueva? ¿Cómo se ha manifestado?

«Simón, ¿me amas?»

El capítulo vigésimo primero del evangelio de Juan es un documento fascinante del nacimiento histórico de una nueva ética. La historia concreta que se relata es la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo.

Los discípulos volvían, al alba, tras una larga noche en el lago en la que no habían pescado nada. Al acercarse a la orilla ven en la playa la figura de un hombre ocupado en encender un fuego. Después verían que sobre las brasas había pescado preparado para ellos, con el fin de saciar su hambre a esa temprana hora de la mañana. Tras un momento de intenso silencio, Juan le dice a Pedro: «¡Es el Señor!». Entonces se abren los ojos de todos, Pedro se tira al agua, tal y como está, y llega el primero a la orilla. Los demás le siguen. Hacen un corro, en silencio, en torno a Él: ninguno se atreve a preguntarle quién es porque todos saben que es el Señor. Sentados a comer, cruzan alguna que otra palabra entre ellos, pues todos están intimidados por la excepcional presencia de Jesús, Jesús resucitado, que ya se les había aparecido más veces.

Simón, cuyos muchos errores le habían convertido en el más humilde de ellos, sentado también en el suelo frente a la comida preparada por el Maestro, mira a su lado y con asombro y temor ve que se trata de Jesús. Entonces aparta la mirada y se queda así, cohibido. Pero Jesús le habla. Pedro piensa para sí: «¡Dios mío, Dios mío, cuántos reproches me merezco! Ahora me va a decir: “¿Por qué me has traicionado?”». La traición había sido su último gran error, pero toda su vida, aun dentro de su familiaridad con el Maestro, había sufrido tribulaciones debido a su carácter impetuoso, a su temperamento fuertemente instintivo, que le hacía lanzarse sin medir las consecuencias. Se juzgaba a sí mismo a la luz de esos defectos. Aquella traición final había sacado a relucir todos sus fallos: que él no valía nada, que era débil, débil hasta dar lástima. «Simón...» —¿quién sabe el escalofrío que debió recorrer su cuerpo mientras escuchaba esa palabra llegando al corazón!—, «Simón... —y en ese momento quiso levantar la mirada hacia Jesús—, ...¿me amas?». ¿Quién se podía esperar esa pregunta? ¿Quién habría sospechado algo así?

Pedro era un hombre de cuarenta o cincuenta años, con familia e hijos y, sin embargo, ¡era como un niño frente al misterio de ese compañero con el que se había encontrado por azar! »

¹⁰³ Lc 23,34.

» Imaginemos cómo se sentiría al verse traspasado por esa mirada que le conocía hasta el fondo. «Te llamarás Cefas»¹⁰⁴: su fuerte carácter estaba plasmado en esa palabra, «piedra», y lo último que se podía esperar era lo que el misterio de Dios y el misterio de aquel Hombre –Hijo de Dios– iban a hacer con esa piedra, a sacar de aquella piedra. Desde el primer encuentro Él se había hecho dueño de su ánimo, había invadido su corazón. Con esa presencia en el corazón miraba Pedro a su mujer, a sus hijos, a los compañeros de trabajo, a amigos y extraños, a personas y multitudes, con la memoria continua de él pensaba y se dormía. Aquel Hombre se había convertido para él en una revelación grande, inmensa, todavía por esclarecer.

«Simón, ¿me amas?». «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». ¿Cómo podía decir eso después de todo lo que había hecho? Ese «sí» era la afirmación de que reconocía en Él una excelencia suprema, una supremacía innegable, una simpatía que arrastraba a todas las demás. Todo quedaba recogido dentro de aquella mirada: era como si su coherencia y su incoherencia pasaran por fin a un segundo plano frente a una fidelidad que sentía como carne de su carne, frente a la forma de vida que aquel encuentro había plasmado en él.

De hecho, no hubo ningún reproche. Resonó la misma pregunta: «Simón, ¿me amas?». Seguro, pero tímido y temblando, respondió de nuevo: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Pero la tercera vez, la tercera vez que Jesús le dirigió la misma pregunta, tuvo que pedirle al mismo Jesús que se lo confirmara: «Sí, Señor, tú lo sabes, tú sabes que te quiero. Mi entera preferencia, la preferencia de mi alma, toda la preferencia de mi corazón es para Ti. Tú eres la preferencia absoluta de mi vida, el bien supremo de las cosas. Yo no lo sé, no sé cómo, no sé cómo decirlo y no sé cómo es así, pero a pesar de todo lo que he hecho, a pesar de todo lo que pueda hacer todavía, yo Te quiero».

Este «sí» es el origen de la moralidad, el primer aliento de moralidad en el desierto árido del instinto y de la pura reacción. La moralidad hunde sus raíces en ese «sí» de Simón, un «sí» que puede arraigar en la tierra del hombre solamente gracias a una Presencia dominante, que se comprende, se acepta, se abraza y a la que se sirve con todo el empuje de nuestro corazón, el cual solo así puede volver a ser como el de un niño. Sin Presencia no hay gesto moral, no hay moralidad.

Pero, ¿por qué el «sí» de Simón a Jesús es el origen de la moralidad? ¿No están antes los criterios de coherencia e incoherencia?

Pedro había caído mil veces y, sin embargo, sentía una simpatía enorme hacia Cristo. Constataba que todo en él tendía hacia Cristo, que todo estaba encerrado en esos ojos, en ese rostro y en ese corazón. Los pecados cometidos no podían constituir una objeción y, menos aún, toda su inimaginable incoherencia futura: Cristo era la fuente, el lugar de su esperanza. Aunque le hubieran objetado todo lo que había hecho y lo que habría podido hacer, Cristo seguía siendo, en medio de la niebla de esas objeciones, la fuente de luz de su esperanza. Y Le estimaba por encima de cualquier otra cosa, desde el primer momento en que se había sentido mirado por Él: Le amaba por esto.

«Sí, Señor, Tú sabes que eres el objeto último de mi simpatía, de mi máxima estima»: así nace la moralidad. Y, sin embargo, la expresión es genérica: «Sí, te quiero»; pero es tan genérica como capaz de engendrar el cambio de vida que perseguimos. «Todo el que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo como Él es puro»¹⁰⁵. Nosotros tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia, que por muy distraídos y desmemoriados que estemos, no conseguiremos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– debido a toda la tradición mediante la cual ha llegado Él hasta nosotros. »

¹⁰⁴ Cfr. Jn 1,42.

¹⁰⁵ 1 Jn 3,3.

» Tengo esperanza en Él antes incluso de contar mis errores y mis virtudes. Aquí no cuentan los cálculos numéricos. En la relación con él no tiene importancia el número, no cuenta el peso medido y mensurable y tampoco cuenta todo el mal que podamos realizar en el futuro; no consigue usurpar el lugar principal que ocupa ante los ojos de Cristo el «sí» de Simón cuando yo lo repito. Entonces nace un torbellino desde el fondo de nosotros, como un aliento que sale del pecho y embriaga a nuestra persona haciéndola actuar, haciendo que desee obrar de una manera más justa: surge, brota del fondo de nuestro corazón la flor del deseo de justicia, de amor verdadero, auténtico, de ser capaces de gratuidad. Igual que el comienzo de cada uno de nuestros movimientos no es un análisis de lo que ven los ojos, sino un abrazo a lo que el corazón espera, tampoco la perfección es el cumplimiento de las leyes, sino la adhesión a una Presencia.

Solo quienes viven esta esperanza en Cristo se mantienen toda su vida en la ascesis, en el esfuerzo por tender hacia el bien. Y aunque tengan contradicciones manifiestas, desean el bien. Este vence siempre, ya que es la última palabra sobre ellos mismos, sobre la jornada transcurrida, sobre lo que se hace, sobre lo que se ha hecho y sobre lo que se hará. El hombre que vive esta esperanza en Cristo es capaz de mantenerse en la ascesis. La moralidad es una tensión continua hacia la «perfección» que nace de un acontecimiento en el que está *señalada* la relación con lo divino, con el Misterio.

La razón última del «sí»

¿Cuál es la razón última del «sí» que Simón le dijo a Cristo? ¿Por qué el «sí» a Jesús vale más que enumerar todos los errores cometidos y que hacer una lista de todos los posibles errores futuros que conlleva nuestra debilidad? ¿Por qué este «sí» es más decisivo y más grande que toda la responsabilidad moral que se traduce en los mil detalles de la práctica concreta? La respuesta a estas preguntas revela la esencia última del Enviado del Padre. Cristo es el «enviado» por el Padre y es El que revela al Padre a los hombres y al mundo. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Tu enviado, Jesucristo»¹⁰⁶. Lo más importante es que «te conozcan a Ti», que Te amen, porque este Tú es el sentido de la vida.

«Sí, te quiero», dijo Pedro. Y la razón de este «sí» consistía en que había vislumbrado en aquellos ojos que le habían mirado aquella primera vez, y después muchas otras veces durante los días y los años sucesivos, quién era Dios, quién era Yaveh, el verdadero Yaveh: *misericordia*¹⁰⁷. En Jesús se le desvela que la relación de Dios con su criatura es una relación de amor y, por tanto, de misericordia. La misericordia es la postura del Misterio frente a cualquier debilidad, error u olvido del hombre: Dios, a pesar de cualquier delito que cometa el hombre, le ama.

Esto es lo que sintió Simón; de aquí nace su «Sí, yo te quiero».

El sentido que tienen el mundo y la historia es la misericordia de Cristo, Hijo del Padre, enviado por el Padre para morir por nosotros. En el drama de Milosz, el Abad, en un determinado momento, le dice un poco impaciente a Miguel Mañara, que iba todos los días a lamentarse ante él por sus pecados pasados: «Acaba con estos lamentos de niña. Todo esto »

¹⁰⁶ Jn 17,3.

¹⁰⁷ Un pasaje de san Ambrosio puede arrojar luz a propósito de esto. En su largo comentario a la Creación, al llegar al séptimo día, en el que Dios descansó, él afirma: «Doy gracias al Señor nuestro Dios que ha creado una obra tan maravillosa en la que encuentra su descanso. Creó el cielo, y no leo que haya descansado después; creó la tierra y no leo que haya descansado; creó el sol, la luna y las estrellas, y no leo que tampoco entonces haya descansado; pero leo que creó al hombre y que en ese momento descansó, al tener un ser a quien perdonar sus pecados» (San Ambrosio, *Exameron*, IX).

» no ha existido jamás». ¿Cómo que «no ha existido jamás»? Miguel había asesinado, violado, había sido injusto... «Todo esto no ha existido jamás. Solo Él es»¹⁰⁸. Él, Jesús, se dirige a nosotros, nos sale al encuentro preguntándonos una sola cosa: no «¿qué has hecho?», sino «¿me amas?».

Amarle por encima de todas las cosas, entonces, no quiere decir que yo no haya pecado o que no vaya a pecar mañana. ¡Qué extraño! Hace falta un poder infinito para tener esta misericordia, un poder infinito del cual —en este mundo terreno, en el tiempo y en el espacio en los que vivimos, durante los pocos o los muchos años que se nos concedan— podemos recibir y obtener la alegría. Porque un hombre, cuando es consciente de toda su pequeñez, se alegra frente al anuncio de esta misericordia: Jesús es misericordia. Él ha sido enviado por el Padre para hacernos saber que la esencia de Dios tiene una característica suprema hacia el hombre que es la misericordia. «Te has inclinado sobre nuestras heridas y nos has curado —dice un Prefacio de la Liturgia ambrosiana— dándonos una medicina más fuerte que nuestras heridas, una misericordia más grande que nuestras culpas. Así también el pecado, en virtud de tu invencible amor, ha servido para elevarnos a la vida divina»¹⁰⁹.

De esta alegría nace la paz, la posibilidad de tener paz. Incluso en medio de todos nuestros infortunios, de toda nuestra maldad, de todas nuestras incoherencias, de toda nuestra debilidad, en medio de esa debilidad mortal que constituye al hombre, podemos realmente respirar y esperar la paz, generar paz y respeto hacia los otros.

Y respetar al otro quiere decir mirarle teniendo en la mirada otra Presencia. «Los cristianos», como dice la *Carta a Diogneto* del siglo II, «se tratan los unos a los otros con un respeto inconcebible»¹¹⁰. La palabra «respeto» (*respectus*, de *re-spicio*) tiene la misma raíz que *aspicio* (mirar), y el *re-* indica que se sigue teniendo la mirada dirigida-a, como hace quien, mientras camina, tiene, no obstante, la mirada fija en un objeto. «Respeto» quiere decir «mirar a una persona teniendo presente a otra». Es igual que mirar a un niño cuando está su madre cerca: la profesora no lo trata igual que siempre, está más atenta si es que tiene un poco de pudor (aunque tal vez, hoy, también esto se ha perdido). Sin respetar lo que tengo entre manos, lo que me es útil, lo que agarro para poder usar, no es posible tener una relación adecuada con nada. Pero el respeto no puede nacer del hecho de que lo que tengo delante me sirva: de esta manera simplemente lo domino. No, el respeto me permite llegar hasta el fondo de lo que uso. Así el trabajo adquiere dignidad, una ligereza de ánimo mayor, aun en medio de todas las dificultades con las que nos levantamos por la mañana. Un hombre que mire a su mujer percibiendo y reconociendo la presencia del Otro, de Jesús, dentro y más allá de la figura de su mujer, puede respetarla y venerarla, puede estimar su libertad, que es relación con el infinito, relación con Jesús.

El origen de la moralidad humana es un acto de amor

El «sí» de Simón a Jesús no se puede considerar como la expresión de un sentimiento, sino que es el inicio de un camino moral que o se abre con ese «sí» o no se abre. El origen de la moral humana no es el análisis de los fenómenos que llenan constantemente la existencia del yo, ni el análisis del comportamiento humano con vistas al bien común; esto podría ser el principio de una abstracta moral laica, pero no de una moral humana. »

¹⁰⁸ Cfr. O. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2010, pp. 43-49.

¹⁰⁹ Prefacio del domingo XVI del tiempo ordinario, en *Misal Ambrosiano Festivo*, Marietti-Jaca Book, Turín-Milán 1976, p. 653.

¹¹⁰ Cfr. *Epístola a Diogneto*, PG 2, 1167-1186.

» Santo Tomás afirma que «la vida del hombre consiste en el afecto que principalmente la sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»¹¹¹. El origen de la moralidad humana es un acto de amor. Por eso es necesaria una presencia, la presencia de alguien que conmueva nuestra persona, que recoja todas nuestras energías y las dirija hacia un bien que nos es desconocido y, sin embargo, deseamos y esperamos: ese bien que es Misterio.

El diálogo entre Jesús y Pedro acaba de una forma extraña. Este, que empieza a seguir a Jesús, está preocupado por el más joven, Juan, que era para él como un hijo: «Al verlo, Pedro dice a Jesús: “Señor, y este, ¿qué?”. Jesús le contesta: “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme”»¹¹². Ese «sí» va dirigido a una Presencia que dice: «Sígueme, deja tu vida». «Jesu, tibi vivo, Jesu tibi morior, Jesu sive vivo sive morior, tuus sum»¹¹³. Tanto si vives como si mueres, eres mío. Me perteneces. Yo te he hecho. Soy tu destino. Soy tu significado y el del mundo.

La persona completa, el yo entero, es el protagonista de la moral. Y la persona está constituida por una ley que se resume en una palabra que todos creemos conocer y cuyo significado, solo después de mucho tiempo, si tenemos un mínimo de fidelidad hacia lo que somos, empezamos a entrever: amor. La persona tiene como ley el amor. «Dios es amor», escribe san Juan¹¹⁴.

El amor es un juicio conmovido por una Presencia que esté vinculada a nuestro destino. Es un juicio, igual que cuando se dice: «ese es el Monte Blanco», «ese es un gran amigo mío». El amor es un juicio conmovido por una Presencia que está ligada a mi destino, que yo descubro, entreveo, presiento que está vinculada a mi destino. Cuando Juan y Andrés le vieron por primera vez y le oyeron decir «Venid a mi casa. Venid y veréis», y se quedaron con él durante aquellas horas para oírle hablar, no entendieron, pero presintieron que aquella persona estaba ligada a su destino. Habían oído a todos los que hablaban en público, a los de todos los partidos, habían escuchado sus opiniones, pero solo aquel Hombre aparecía ligado a su destino.

La moral cristiana es la verdadera revolución en la tierra, porque no es un elenco de leyes, sino amor al ser: podremos equivocarnos mil veces, pero siempre se nos perdonará, siempre comenzaremos de nuevo nuestro camino, si nuestro corazón parte con un «sí». Lo importante de ese «Sí, Señor, te quiero» es que toda nuestra persona viva una tensión determinada por la conciencia de que Cristo es Dios y por el amor a este Hombre que ha venido por mí: toda mi conciencia está determinada por esto y me puedo equivocar mil veces al día, hasta avergonzarme de levantar la cabeza, pero esta certeza no me la quita nadie. Solo le pido al Señor, le pido al Espíritu que me cambie, que me haga imitar a Cristo, que mi presencia sea como la de Cristo.

La moral es amor, es amor al Ser que se ha hecho hombre, acontecimiento dentro de la historia, que me alcanza mediante la misteriosa compañía que históricamente se llama Iglesia, Cuerpo misterioso de Cristo o Pueblo de Dios: yo le amo dentro de esta compañía. Me pueden reprochar cien mil errores, me pueden mandar a los tribunales, el juez me puede enviar a la cárcel sin ni siquiera examinarme, cometiendo una injusticia patente, sin considerar si lo hice o no lo hice, pero no me pueden quitar este afecto que continuamente me hace exultar de deseo de bien, es decir, de adhesión a Él. Porque el bien no es lo «bueno», sino que es adherirse a Él, seguir ese rostro, su Presencia, llevar su Presencia a todas partes, anunciarlo a todos para que esta Presencia domine el mundo, puesto que »

¹¹¹ Cfr. Santo Tomás, *Summa Theologiae*, II, IIae, q. 179, art. 1.

¹¹² Cfr. Jn 21,20-22.

¹¹³ *Jesu tibi vivo*, canto medieval, en *Canti*, Coop. Edit. Nuovo Mondo, Milán 1995, p. 34.

¹¹⁴ Cfr. 1 Jn 4,8.

» el fin del mundo llegará cuando esta Presencia sea evidente para todos.

Esta es la nueva moral: un amor, no reglas que cumplir. Y el mal es ofender al objeto de este amor u olvidarlo. Después se puede decir, analizando con humildad el curso de la vida de un hombre: «Esto está mal, esto está bien». Se puede enumerar, ordenándolos, todos los errores en los que el hombre puede caer: se puede hacer un libro de moral. Pero la moral está en mí, que amo a Aquel que me ha hecho y que está aquí. Si no fuera esto, podríamos usar la moral exclusivamente en provecho propio; en cualquier caso sería desesperante. Basta leer a Pasolini o a Pavese para entenderlo; no, basta acordarse de Judas.

La permanencia de la moralidad nueva

Si el origen de la moralidad nueva es un acto de amor, de adhesión, y esto exige la Presencia de alguien que nos conmueva y que atraiga todas nuestras fuerzas –como Jesús hizo con Simón–, entonces es fundamental responder a la pregunta: ¿cómo puede mantenerse vivo y presente este acontecimiento en nuestra existencia? La respuesta debe establecer la posibilidad de que se dé esta nueva moral en el presente, aquí y ahora; de lo contrario, esta empezaría para nosotros de forma intelectual, abstracta o discursiva. Y la respuesta está en ese término cristiano que pertenece a la experiencia del presente, sin el cual no podríamos saber si nuestra experiencia es concreta o fantasiosa: el término «memoria». Mediante la memoria, el acontecimiento que experimento entra con toda su riqueza en el flujo del tiempo y del espacio, formando parte de una historia.

La primera condición para que se dé la nueva moralidad es hacer memoria de esa Presencia que excede los límites del conocimiento humano, es decir, reconocer aquí y ahora una Presencia que no se puede reducir a ninguna hipótesis humana.

Esta Presencia es una realidad que está ante nosotros y que, por la fuerza de su Espíritu, habita en nosotros. Está permanentemente en nuestra vida y es tan poderosa que hace posible, cuando nos abrimos a ella, que se desarrolle en nosotros una nueva creación. De esta manera podemos renacer, a pesar de la imperfección y del error, al final de cada acción, que siempre es desproporcionada e imperfecta, y dar un paso más justo, porque seguimos recibiendo su gracia, como un manantial fresco que ningún límite nuestro puede frenar.

La permanencia de esta Presencia es una gracia, un puro acontecimiento al que no nos resistimos a adherirnos aquí y ahora. Lo reconocemos y nos adherimos a él. Es una gracia, igual que lo es el encuentro, el asombro, el estupor, la permanencia de este estupor o el impulso de adhesión: y esta gracia se hace nuestra porque la aceptamos. *Aceptar* esta novedad absoluta, que vuelve a suceder mil veces al día, es la característica suprema de la libertad.

Como para Juan y Andrés, Simón o Zaqueo, el comienzo de nuestro cambio es una gracia, un don. Hemos tenido un encuentro cuyo objeto es cambiarnos y realizarnos y nos hemos adherido a esa Presencia, que corresponde de manera excepcional a nuestras exigencias, con una adhesión firme: como Zaqueo, que ya no estaba definido por su imperfección porque esa Presencia estaba allí para traspasar como un arroyo fresco y puro toda la maleza del bosque de su humanidad¹¹⁵.

La sorpresa por el encuentro, la continuidad de esa sorpresa, la adhesión a esa Presencia que permanece, tienen como fruto un abrazo a todo el mundo y la unidad con aquellos a los que esta Presencia pone cerca de nosotros. Ella ha querido ser objeto de nuestra mirada para que a través nuestro, con nuestros defectos y nuestro dolor por ellos, y con el ímpetu extraño que deriva de ello, sea más conocida y amada. »

¹¹⁵ Cfr. Lc 19,1-10.

» 7. LA RESPONSABILIDAD Y LA DECISIÓN

Hemos sido amados, somos amados: por ello «somos». La ley moral y la moralidad, esto es, la proporción concreta, traducida en actos, de nuestra persona con el misterio del Ser, están enmarcadas por esta «ley» primera y fundamental: reconocer y aceptar que somos amados. A nosotros se nos ama. De ello deriva como consecuencia que amar, en su forma esencial, en su expresión suprema, es aceptar que somos amados, porque todo lo demás nace de aquí.

Si yo soy amado, si «soy» porque «soy amado», el gran problema de mi existencia, de mi estar en el mundo, lo que posibilita que mi sujeto se convierta en protagonista de un mundo nuevo, donde lo eterno comienza de forma experimental en el tiempo, es mi respuesta: *mi respuesta al Tú* que me ama, mi corresponderle, mi valoración de lo que Él ha creado originalmente en mí precisamente para que pudiera caer en la cuenta de Él. De Él, que, excepcionalmente, ha decidido venir a vivir entre nosotros, habitar conmigo y hablarme familiarmente con Sus palabras, no copiadas del diccionario, sino sacadas de lo eterno, del fondo del Ser del que me ha hecho partícipe.

Si yo soy porque soy amado, debo responder (*respondeo*): de aquí nace la «responsabilidad». Esta es como el terminal de toda la vehemencia de nuestro ser, lleno de una sensibilidad eterna, que se mueve hacia la plasmación en él de esa fisonomía final que consiste en la gloria del rostro de Cristo¹¹⁶, en la que participará hasta la piedrecilla más pequeña¹¹⁷. Es la palabra responsabilidad la que asegura el resultado de alcanzar una experiencia de correspondencia con la verdad, con la fascinación de lo bello, con la conmoción de lo bueno, con una felicidad inefable. La grandeza de la palabra «responsabilidad», cuando es completa, consiste en que es la principal fuente del gusto por la vida. Si no eres responsable en lo que te complace o te atrae, si no participas en ello de alguna manera con responsabilidad, eso no es tuyo. Por esto, el paraíso implica tu decisión, implica tu responsabilidad: porque el paraíso es para el hombre y el hombre es libre¹¹⁸.

La responsabilidad se expresa como decisión de la libertad frente a una Presencia en la que reconocemos que corresponde totalmente a nuestro destino. Pero muchas veces nuestro modo de concebir la decisión de nuestra libertad es erróneo, como si consistiera en un acto que en última instancia determino yo: yo decido decirte que sí, yo decido decir que «se haga tu voluntad». No, la cosa es muy distinta. No puede tomarse la decisión de forma voluntarista (como si dependiera de la fuerza de voluntad).

Para penetrar en su dinámica pensemos en el publicano que estaba al fondo del templo. No se atrevía a levantar los ojos, pero decía «¡Ten piedad de mí!» e intuía que esa petición sería acogida, que Dios la apreciaría y que se ajustaba a todo lo que él era¹¹⁹. Y pensemos de nuevo en san Pedro¹²⁰. Cuando Cristo le preguntó «¿Me amas?», ¿por qué la traición de hacía pocos días no le resultó un obstáculo? Él respondió inmediatamente que «sí» como consecuencia del asombro que había despertado en Él ya en Cafarnaúm, cuando Andrés, su hermano, le había llevado ante Cristo y Él le había mirado de tal modo que se sintió traspasado por esa mirada y vio el carácter de sus cualidades humanas definido hasta tal punto que Él le cambió su nombre¹²¹. Aquella impresión excepcional, aquel asombro inicial, ¿de qué estaban hechos, aun desde el punto de vista psicológico? El asombro inicial era un juicio que se »

¹¹⁶ Cfr. 2Cor 3,18.

¹¹⁷ Cfr. Rm 8,19-23.

¹¹⁸ Veáanse las bellísimas páginas de Ch. Péguy sobre la libertad: *El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 1993, pp. 39ss.

¹¹⁹ Cfr. Lc 18,9-14.

¹²⁰ Cfr. Jn 21,15-19.

¹²¹ Cfr. Jn 1,40-42.

» convirtió inmediatamente en apego a Él, era un juicio semejante a un pegamento, un juicio que pegaba a Pedro y a los demás discípulos con él. Todos los días que pasaban añadían “manos de pegamento”, y cada vez podían liberarse menos de él. «¡Pero vosotros jamás observáis las leyes!»¹²². Los fariseos se escandalizaban de su Maestro ¡porque andaba con los que no observaban las leyes! Y los apóstoles no sabían qué responder a ello: «No sabemos si respetamos o no las leyes, pero estamos pegados a este hombre». No se trataba de un apego sentimental, de un fenómeno emocional; era un fenómeno de la razón, una manifestación de esa razón que te «pega» a la persona que tienes delante, puesto que la juzgas digna de estima: al mirarla nace en ti una estima maravillada que provoca el apego a ella. No hay en ello ni sombra de algo irracional o forzado: «Si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo Tú tienes palabras que explican la vida», le dijo Pedro una vez con su acostumbrada vehemencia¹²³. Y, sin embargo, después de esa afirmación iba a cometer todavía toda clase de equivocaciones, hasta el punto de que Jesús le dijo un día: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios»¹²⁴. ¡Qué humillación! Pero la consecuencia de esto era que el apego de Pedro a Él crecía todavía más.

El «sí» de Simón no fue resultado de su fuerza de voluntad, no fue resultado de una «decisión» del hombre Simón; fue un emerger, un aflorar, un salir a la luz de todo un filón de ternura y de adhesión que se explicaba por la estima que tenía de Él (por tanto, era un acto de la razón), y por ello no podía decir otra cosa que «sí». Este es el «juego» humano más verdadero, más auténtico, el que aumenta nuestra amistad con quienes ya son amigos nuestros, el que nos llena de ternura hacia nuestra madre y de admiración a nuestro padre; y aumenta con el tiempo, no se para nunca. No es irracional; es lo único racional. Pedro lo percibía como una amistad que no dependía de él, sino que se había hecho que naciera en él. En efecto, muchos escuchaban a Jesús y decían «¡Bien!», pero luego se alejaban de Él; en ellos no brotaba esta amistad, esta ternura.

No se trataba de una decisión tal como nosotros normalmente la concebimos, es decir, como la única forma en que se practica la libertad. La naturaleza de la decisión no es un acto enérgico de voluntad, como aparece en el famoso «¡Quise, quise siempre, quise fortísimamente!»¹²⁵ de Alfieri. El hombre es frágil y débil como un niño¹²⁶. Únicamente si reconoce esto empieza a crecer.

La decisión nace, pues, cuando se instaura una simpatía. Los apóstoles seguían a Jesús porque estaban apegados a Él con un juicio que les hacía capaces de mantener una decisión perfectamente racional: porque cuando se produce una relación que llega a convertirse en simpatía profunda, en renovación permanente del apego que ha nacido de un asombro incomparable, la racionalidad es un acontecimiento¹²⁷.

¹²² Cfr. Mt 12,1-14; 15,1-20.

¹²³ Cfr. Jn 6,68.

¹²⁴ Cfr. Mt 16,21-23.

¹²⁵ V. Alfieri, *Carta de respuesta a Ranieri de'Casalbigi [6 de septiembre de 1783]*, in *Tragedie*, I, París 1888, p. LXXX.

¹²⁶ Véase el final del poema dramático de H. Ibsen, *Brand*, op. cit., p. 164: «Respóndeme, Dios mío, a la hora en que la muerte se apodera de mí: ¿Basta toda la voluntad de un hombre para comprar un átomo de salvación?».

¹²⁷ Cfr. L. Giussani, *Los orígenes...*, op. cit., pp. 65-76.